

como la plebeya, ni la ama como su criada, ni nadie con traje que no le pertenece. Entonces sería un desorden y una asombrosa confusión.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declamar contra ella en lo general más es un capricho de la ignorancia que un celo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ú aquello nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay indiferentes y las hay malas. Éstas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato; las primeras deben seguirse y las indiferentes pueden ó no adoptarse, según el gusto de cada uno. Por ejemplo, ¿quién negará que el túnico, en las mujeres, y el pantalón, en los hombres, á más del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil, y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrúpulo.

Ahora, que el túnico ataque por detrás ó por delante, que el pantalón sea de casimir ó de punto, es una cosa indiferente, porque puede ser ó no ser, según el gusto de cada uno, y de que sea así ó asado no se sigue ningún reato moral.

Pero si el pantalón es de algún género transparente; si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre el que lo trae; si el túnico es tan

delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna; si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, entonces ya ésta es moda obscena, escandalosa y abominable, y por tanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de todas las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas es lo que las convierte en pecaminosas é ilícitas. Dije que de *las más*, y no de todas, porque hay algunas que son malas en sí y no tienen por dónde cohonestarse.

Los corsés, que han substituído á las antiguas cotillas, son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial y no tienen con qué disculpar su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Allá se las hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificación; pero en lo físico, es innegable que es tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone hasta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse... poco he dicho, no son árbritras ni de comer á gusto, porque temen, y con razón, que el volumen del alimento las oprima más ó les reviente el corsé; y así, el día que

se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningún mérito, y ya se ve que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de ninguna manera.

El célebre Buffón condena las cotillas, los corsés y todos aquellos vestidos dolorosos que con el vano pretexto de formar el talle estorban la respiración, impiden que la sangre circule con libertad y causan más incomodidades y deformidades que las que precaven.

Aún sería menos perjudicial esta moda si generalmente se usara con más prudencia; pero me dicen, y no lo dudo mucho, que hay señoras á quienes el cochero ó lacayo atacan el corsé: ya se deja entender que esta diligencia se hace para que esté muy apretado, y siendo esto así, no es extraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capaz de matar con su continuación á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen esta verdad y temen sofocarse si se quitan de repente los tales corsés, y por esto tienen cuidado de que se los aflojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sígase enhorabuena la moda cuando sea útil é inocente; mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente porque es nuevo, por más que estemos convencidos de que puede acarrearlos muchos perjuicios físicos ó mora-

les. Esto no es ser modista, sino esclavos serviles de las modas.

—Pues según eso, señor cura, decía Eufrosina, bien puedo yo seguir las modas sin cargo de conciencia.

—Las útiles y honestas, sí, señora; las que no lo sean, no.

—Y ¿con qué regla mediré yo esa utilidad é inocencia?

—¡Oh, señora! respondió el cura; ahí está toda la dificultad de la materia. Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razón, sino seguir sus naturales impresiones, entonces confundimos fácilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que halaga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones nos agrada, y tenemos por útil é inocente, á lo menos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó expresamente prohibidas por la ley; y ésta es la causa de que frecuentemente se tengan por virtudes los vicios. Por esto el espadachín provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pródigo por liberal, y la mujer profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora, la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conocer cuándo una cosa es útil y honesta y cuándo sea solamente deleitable, y este conocimiento no es difícil de adquirirse haciendo á un lado el amor propio.

Hecha esta diligencia, ¿se le ocultará á ninguna mujer que todo exceso degenera en vicio? ¿Ignorará que toda profanidad es un exceso de la moda, ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿Y no sabrá que este exceso no puede menos que traer funestas consecuencias, ya por el escándalo que ocasiona á los que lo notan, y ya porque en estos gastos superfluos se arruina á los padres ó maridos? Es imposible, porque á nadie se ocultan estas verdades.

Pues ya tiene usted, señora, en pocas palabras, la regla con que conocer hasta qué punto puede seguir la moda. Vístase usted conforme á su estado, pero sin disipar lo necesario ni arruinar á su familia; adórnese enhorabuena según su clase, pero sin ser profana ni escandalosa; ataviése como una señora decente, pero nunca como las transparentes coquetillas, y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga usted, por último, lo que el sabio Blanchard dice sobre esto, para que viva más tranquila y para que vea que nuestra religión no es un espantajo aterrador, ni un tirano que nos impida el uso de los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sujeta para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del prójimo y daño nuestro.

«¡Cuántos pesares, dice Blanchard, se prepara uno cuando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su persona! La causa más ordinaria de la ruina de muchas personas es que arreglan su gasto según su estado y no según sus medios; según su ambición y no según sus riquezas. El lujo, hijo del deleite y de la vanidad, conduce á la pobreza por unos caminos brillantes y agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen.

»Una especie de lujo moderado entra en las miras de la naturaleza, que ha derramado, así en la tierra como en los cielos, una magnificencia igual á su grandeza, pues no ha prodigado tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. Pero lo que la razón nos prohíbe es un lujo excesivo ó dañoso, es todo goce superfluo que no está prescrito ni por lo que es justo conceder á su calidad, ni por lo que exige el uso legítimo de la nación en donde se vive, y cuya modificación no puede dejar de merecer la aprobación de las gentes sensatas...

»¿De qué sirve á las mujeres el exceso ridículo de adornos, la loca pasión de modas y novedades, que cuestan tan caras y pasan tan pronto?

»Yo sé que la sabiduría permite seguir las modas que no son sino indiferentes y que no ofenden las costumbres ni desarreglan la hacienda. Aunque las modas no sean lo más frecuentemente sino hijas de la incons-

tancia y del capricho, las personas más sabias se ven algunas veces obligadas á conformarse y someterse á ellas por no parecer ridículas.

»La moda es un tirano peligroso,
del cual nada nos libra, y es forzoso
á su gusto y capricho acomodarse.

Pero siendo preciso sujetarse
á las leyes que impone locamente,
el sabio como piensa rectamente
nunca el primero es para seguirlas,
ni el último en dejarlas ú omitirlas.

»Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ricos y magníficos, es más glorioso y estimable el quedarse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre para las mujeres el más bello ornamento y el más noble adorno.»

De lo dicho inferirá usted, señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa; entre la decencia correspondiente á cada persona y el excesivo lujo, y según este conocimiento tomará el camino más seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió:

—Ciertó que el señor cura se ha explicado con bastante solidez y su doctrina no deja que desear en la materia; pero yo quisiera que las señoras mujeres, que son tan aficionadas á la excesiva compostura, advir-

tieran que, prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el demasiado lujo, hay aún otra razón muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni en el traje, ni en el andar, bailar, conversar, etc.

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor Licenciado, de que si no hubiera tanta mujer liviana no habría tanto hombre atrevido; pero también saben que no es menos cierto que no siempre basta á las mujeres su honestidad y recato para dejar de ser seducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su pasión ó su capricho, atropellan fácilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido, y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¡Cuántas niñas han salido de las clausuras á prostituirse, por no haber podido impedir las paredes de los conventos y colegios la seducción del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mujeres ser honestas; es necesario que manifiesten su recato en su traje y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con sólo que uno de éstos vea á una joven dema-